



Revista de Literatura Hispanoamericana

No. 62, Enero - Junio, 2011: 7 - 8

ISSN 0252-9017 ~ Dep. legal pp 197102ZU50

EDITORIAL

La literatura, como evidencia cultural y como práctica semiótica, nos sigue ocultando muchas respuestas. Por ejemplo, una interrogante que nos sobresalta de cuando en cuando es: ¿por qué existen tantos inconvenientes en la definición de la ficcionalidad literaria como una propiedad, necesaria pero no suficiente, para la literatura? La respuesta se puede alcanzar dependiendo de las instancias desde donde se quiera alegar. Partamos nosotros de una, por ejemplo. Si aceptamos la ya reconocida tesis de los mundos posibles, habría que comenzar por aceptar que nuestro mundo solo es una variedad de las posibles versiones de mundos que pudieron haber sido. Uno actualizado entre las múltiples opciones de las que pudieron ser. Quizá no el mejor de los mundos posibles, como creyó Leibniz, pero es el que tenemos.

Sin embargo, los textos, como prácticas semióticas, son una maravillosa alternativa que ha conseguido la mente humana para atrapar las otras versiones de mundos, para descubrirlas ante la curiosidad humana dado que una única morada no nos satisface. Dentro de esta pluralidad de tipos de mundos que los textos muestran se puede incluir la clase de los mundos ficcionales que, ontológicamente hablando, no tendrían un estatus diferente a los demás tipos de mundos que cualquier texto hace emerger. Al hacerle un seguimiento a la historia de la cultura, se puede constatar que los mundos proyectados en los textos literarios no poseen ninguna propiedad única o exclusiva a través de la cual se pueda mostrar su ficcionalidad y, más aún, que dicha ficcionalidad como experiencia semiótica, no pueda ser relacionada con algún criterio inter-cultural o metahistórico.

Por otro lado, la experiencia también nos muestra que muchos textos escritos originalmente como históricos o filosóficos han sido "ficcionalizados", es decir, leídos en épocas posteriores como textos ficcionales (es lo que ha sucedido con la mayoría de las mitologías de todas las culturas). Una de las situaciones por las que también

nos cuesta admitir la absoluta exclusividad de la ficcionalidad para los textos literarios es que en muchos de ellos no sólo se presentan seres imaginarios. También es posible encontrar referencias y objetos que pertenecen al mundo fáctico, empírico. De allí se desprende que los mundos ficcionales de los textos literarios no sean más que un grupo de versiones de mundos que están delimitados por otras versiones de mundos presentes en otros textos de acuerdo con un momento histórico determinado o en relación con una cultura específica. En conclusión, dado que no podemos estimar con indeclinable exactitud propiedades estables que determinen la ficcionalidad de un texto literario, y menos los límites entre estos y los otros no considerados como ficcionales, muchas de las características que pueden ser aceptadas como indicadores de dicha ficcionalidad, en ciertos estadios históricos, se verán sometidas a la inestabilidad de la variable histórica. Y más aún, algunas de dichas características pueden y son usadas en la actualidad por otros tipos de discursos, como el científico o el periodístico. No obstante, todo lo anterior no pretende desconocer (aunque para algunos teóricos y críticos literarios sí) la aceptación de que el texto literario funciona de un modo particular dentro del circuito signifiante para el cual se produce. Y esto es así dado que ninguno otro tipo de texto requiere tanto ser acogido mediante el acto lector. Un acto que pareciera convertirse y producirse desde lo más singular e íntimo y, sin embargo, viene a ser un valioso tránsito hacia la multitud de vidas y acontecimientos que, generosamente, están en cada novela, cuento, poema u obra teatral. Leer mundos ficcionales será siempre, entonces, la mejor manera de seguir teniendo vigente que aunque no hemos hecho de nuestra morada el más sobresaliente de los mundos posibles, existen otros, imaginados, en que se nos muestra que pueden haber peores. O que el nuestro puede y debe ser, obligatoriamente, mejorado.

Dr. Steven Bermúdez Antúnez